

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1972

S U M A R I O

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS	Páginas
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1971, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
Aportaciones de Madrid a la guerra de Granada, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	15
Iglesias columnarias con bóvedas de crucería en la provincia de Madrid, por <i>Aurea de la Morena</i>	105
Descripción de los objetos artísticos y piadosos del camarín de Santa Teresa del Escorial. II, por <i>Gregorio de Andrés</i>	115
Homenaje de Lope de Vega a Francia, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i>	129
Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	159
Fracaso del Monte de Piedad Concejil Madrileño pedido por Olivares, por <i>José María Sanz García</i>	193
Notas sobre el convento de la Trinidad, por <i>José del Corral</i>	231
La Real Inclusa de Madrid a finales del siglo XVIII, por <i>Paula de Demierson</i>	261
Una casa a construir en la esquina de la calle de la Luna y de la Cruz Verde, por <i>Florentino Zamora Lucas</i>	273
Notas geográfico-históricas de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	279
Madrid y la Santa Hermandad Vieja de Ciudad Real (siglos XVIII y XIX, por <i>María del Carmen Pescador del Hoyo</i>	309
Solidaridad geográfica en Madrid, por <i>José Gómez Pérez</i>	355
Hambre, mendicidad y epidemia en Madrid (1812-1823), por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	371
En los comienzos de la primera guerra carlista. Una evocación de Fortuny, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	395
Una madrileña olimpiada teatral y musical, por <i>José Subirá</i>	401

	<u>Páginas</u>
Notas sobre la visión de Madrid en la novela postromántica, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	419
Divagaciones sobre el poeta madrileño Mauricio Bacarisse (1895-1931), por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	439
La Educación General Básica y problemas que su implantación supone en un ámbito municipal, por <i>Antonio Aparisi Mocholi</i>	455
Sobre el veraneo de los madrileños. Comentarios a una encuesta vacacional, por <i>José María Sanz García</i>	471

BIBLIOGRAFIA

Impresos raros de tema madrileño (siglo XVIII), por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	481
Notas bibliográficas sobre programas de exámenes públicos celebrados en Madrid, de 1632 a 1844, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	501
Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	519

MATERIALES DE TRABAJO

Noticia de documentos de tema madrileño, por <i>Alejandro Martín Ortega</i>	529
Tres documentos para la Historia del Arte madrileño, por <i>María Teresa Baratech Zalama</i>	539

NOTAS SOBRE LA VISION DE MADRID EN LA NOVELA POSTROMANTICA

Por LEONARDO ROMERO TOBAR

Está aún por escribir una historia del progreso de la idea de ciudad y su reflejo subsecuente en los textos literarios. El hecho de que, hasta el momento, no haya sido abordada la elaboración de una geografía literaria española —o madrileña, si se prefiere acotar el área de investigación¹— explica suficientemente la carencia de otros estudios de superior envergadura. La ciudad, como tema literario, aparece en las literaturas que corresponden a un entorno cultural de carácter predominantemente urbano y es a partir de la época moderna cuando alcanza una dimensión relevante, en explicable correspondencia con el desarrollo de los grandes núcleos ciudadanos y la aparición de la civilización burguesa.

En la mayor proporción de las novelas modernas españolas, a partir del romanticismo, el «medio» en el que el novelista realiza su experimento suele ser un contexto urbano: ciudades extranjeras, localidades españolas, urbes imaginadas. El tercer tipo de localizaciones suele ser inexistente cuando el autor plantea la tensión narrativa desde un presupuesto crítico de eficacia y verosimilitud. Cabe también la escueta alusión referencial, en que la presencia de la ciudad apenas se personaliza en ligeras indicaciones topográficas o costumbristas —es el caso de *La Montálvez*— pero, incluso en estas narraciones, el autor no elude el nombre de la ciudad: Madrid. Quizás las múltiples circunstancias individualizadoras de la capital de España, sus dimen-

¹ El *Nomenclátor literario de las vías públicas de Madrid* publicado por el profesor Simón Díaz en los tomos III y IV de estos ANALES supone una inapreciable aportación de referencias y proporciona un repertorio de uso imprescindible en todo trabajo de carácter geográfico-literario que haya de confeccionarse en el futuro.

siones de megalópolis en relación con las otras ciudades de la Península², la inviabilidad de las identificaciones de los personajes presentados, o quizás otros motivos se imponían a la imaginación creadora del escritor con una fuerza tal, que éste no podía rehuir la identificación geográfica.

No se observa un comportamiento tan uniforme cuando la acción transcurría en otras localidades; el planteamiento argumental potenciaba la tendencia elusiva que llegaba hasta la creación de ciudades completamente imaginarias. Rodando por la pendiente de la localización ficticia, la existencia del nuevo ente geográfico se prolongaba en una serie de novelas que dibujaban, en su conjunto, un cerrado universo de saga narrativa de la literatura realista. Es el caso del Galdós de la «primera época» en sus creaciones de Orbajosa (por modo central en *Doña Perfecta*, indirectamente en *La Incógnita*), Ficóbriga o Socartes³. A esta geografía imaginaria pertenecen también la Vetusta de «Clarín», Guadalerma de los Quintero, la Moraleda de Benavente, Sarrió de Palacio Valdés, Pilares de Pérez de Ayala, la Oleza de Miró y, actualmente, Región de Juan Benet. Estas ficciones urbanas son visiones literarias de la ciudad provinciana española, visiones oblicuas en las que la ocultación del nombre, sobre servir de resguardo del autor, potencia la multiplicación simbólica de todas sus posibles concreciones circunstanciales.

Frente a la opacidad denominativa de la ciudad provincial resalta, por contraste, la identificación insistente de Madrid, ciudad que, en la novelística española del siglo XIX, exhibe su fe de vida con una frecuencia y seguridad insultantes. La peculiaridad de esta presencia madrileña se divisa ya desde las brumosas lejanías en que los personajes planean su acceso a la capital. La presencia de ésta servía para desatar una fértil tensión de carácter narrativo entre dos planos de la estructura novelesca: un *espacio central* que simboliza la concentración del poder en todas sus manifestaciones y un *espacio exterior*, menesteroso y aletargado. La ciudad, en esta tensión, aparece como una fortaleza a la que —con la imagería poética de la lírica amorosa de cancionero— es preciso rendir bajo cualquier recurso o de la que se debe huir definitivamente en salvaguardia de la integridad moral del asaltante.

² Recuérdese la simplificación urbanística matizada de rasgos irónicos de un párrafo de *La Montálvez*: «es muy singular el don que tiene Madrid, con ser tan grande en comparación con una aldea, para vulgarizar tipos, acreditar frases y poner notas», *Obras Completas*, Madrid, 1919, tomo XII, pág. 9.

³ Resulta arbitraria, aunque sea sumamente significativa desde una perspectiva semiológica, la identificación Burgos-Orbajosa que recientemente ha formulado Chueca Goitia en su trabajo *La ciudad galdosiana*, «Cuadernos Hispanoamericanos», n.ºs 250-52, páginas 83-109.

Se trata de dos tendencias frente a lo madrileño que creo observar en la narrativa decimonónica y de las que en estas páginas pretendo ofrecer unos apuntes glosados.

La conquista de la ciudad

En algunas novelas del XIX, Madrid es el terreno conquistable por unos personajes cuya llegada a la capital es ofrecida como la experiencia definitiva en su proceso de formación. Es, por tanto, elemento estructural muy pertinente en la novela de educación —*Bildungsroman*— en que el individuo aislado talla su carácter en el choque con un mundo extraño y ajeno. Cuando, a partir de finales de siglo, el héroe individual comienza a recibir un tratamiento de tipo colectivo, la conquista de Madrid se plantea desde la periferia peninsular y también desde la inquietante proximidad de los barrios que crecen y se agolpan en torno al sólido núcleo ciudadano⁴.

En las primeras fases de la época realista, la llegada del joven personaje entrevera el cansancio del viaje fatigoso⁵ con el deslumbramiento que producen los encantos de la gran ciudad, la nostalgia del paisaje familiar y las ilusiones de la conquista que está a punto de iniciarse.

Leopoldo Alas evoca el momento de su llegada, trazando un diagnóstico del confuso estado anímico al que acabo de aludir: «por aquellos días llegó a la villa y corte de Don Amadeo de Saboya un pobre estudiante licenciado en Derecho, que venía a hacerse *filósofo y literato* de oficio, y a contemplar y admirar a todas las *lumbreras* de la ciencia, del arte y demás, que en su sentir pululaban en la capital de España. El cual estudiante, en cuanto se quitó el polvo del camino y sintió el *horror* de la posada madrileña y gimió un poco a sus solas por la madre ausente, se fue derecho al paraíso del Español...»⁶.

Recuérdense también algunas llegadas de personajes galdosianos: como el cap. I de *Mendizábal* en que su protagonista, Fernando Calpena, «solo y sin maestro ni amigo a quien arrimarse se lanzaba en aquel confuso labe-

⁴ Cf. el análisis de las «relaciones topográfico-sociológicas dentro/fuera, arriba/abajo» que, a propósito del Madrid de *La lucha por la vida*, presenta C. Blanco Aguinaga en *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1970, 327 págs.

⁵ El acceso a la capital, en los textos autobiográficos o novelescos que se sitúan en los años anteriores a la Restauración, se verifica por medio de la diligencia —«cajón con ruedas», según Pereda—, micrópolis en movimiento capaz de desatar tensiones de gran efecto u observaciones costumbristas de corto alcance. Información sobre este uso de la diligencia se encuentra también en los libros de viajes.

⁶ LEOPOLDO ALAS, *Rafael Calvo y el teatro español*, Madrid, F. Fe, 1890, 86 págs.

rinto; sin duda entraba gozoso y valiente, con la generosa ansiedad del mozo de veinte años a quien ha quitado el sueño y las ganas de comer... la visión de la Corte y de sus placeres y grandezas, tal y como las aprecian desde lejos los que empiezan a vivir...», o la entrada en un Madrid pre-noventayochista de José García Fajardo, el protagonista de *Las tormentas del 48*.

La primera relación del personaje con la capital sirve al novelista para la adopción de dos perspectivas en la descripción. Una es la panorámica general que, como en este texto de Pereda, unifica en la retina del espectador la silueta total de la ciudad: «miré con ansiedad hacia donde me señalaba el dedo de don Serafín, y, en efecto, vi cuanto el cesante me iba nombrando, alzándose sobre un cono amarillento y pelado, y recortándose sus perfiles en el azul purísimo de un cielo incomparable» (*Pedro Sánchez*). Otra posible perspectiva es la mirada circunscrita a los modestos ángulos del enfoque ciudadano con que los periféricos noventayochistas fijan su primera impresión de Madrid, «deprimente y tristísima», según Unamuno.

La conquista de la ciudad conlleva el planteamiento de otro tema que es la revisión del vejamen tradicional de las concentraciones humanas, planteado ahora con total independencia del tópico y de la literatura clásica, puesto que el subsuelo del tema actual está sustentado en una plataforma de índole ético-política.

Una simplificación de la visión optimista del tema la encontramos en estos versos de Bretón de los Herreros:

«... que es bueno el campo, convengo,
delicioso, encantador,
pero Madrid es mejor» (*El pelo de la dehesa*.)

Un planteamiento de la oposición campo/ciudad tan favorable al segundo elemento de la disyunción puede encontrarse con facilidad en una apresurada revisión de los textos costumbristas; pero lo que nos interesa en este momento es exactamente lo contrario: la negación de la ciudad moderna en cuanto causa directa de la aniquilación de las virtudes tradicionales. Cito algunos textos que ilustran claramente esta afirmación. Comenzamos por uno de Mesonero —*Grandeza y Miseria*, recogido en *Escenas Matritenses*¹—, que ofrece al lector las consideraciones moralizadoras que se hace el noble que ha sido arruinado por la mala administración de sus servidores: «huye, pues, de este centro de corrupción y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipación y del bullicio, encon-

¹ R. DE MESONERO ROMANOS, *Obras*, Madrid, B.A.E. 1967, vol. I.

trarás la paz del alma, que sólo puede proporcionar una conciencia tranquila». La huida postulada se refiere, por supuesto, a Madrid. En el Galdós de *Doña Perfecta* el tema recibe un tratamiento profundamente irónico por cuanto el novelista contrapone la maldad radical de la gran ciudad a las excelencias de la antediluviana y levítica Orbajosa, contraposición que culmina en la explosión del centauro Ramos: «digo que no hay más que decir. ¡Viva Orbajosa! ¡Muera Madrid!»⁸. La actitud profunda del novelista canario frente a Madrid debería ser estudiada en todas sus implicaciones y en todas sus connotaciones positivas y negativas; hay un Galdós pre-noventayochista, como ha mostrado Regalado García⁹, que capta las inquietudes de los jóvenes escritores y procura ponerse a su altura; entre otras intuiciones disueltas en el ambiente literario del momento está la visión acre de lo madrileño a la que se inclina el Galdós de la tercera y cuarta series de los *Episodios*.

En *Bodas reales*, Madrid es designado como un «cementerio vastísimo insaciable de toda ilusión cortesana» —tema y cliché estilístico que viene archirepetido desde la *Epístola Moral*. La llegada de Fajardo, en *Las tormentas del 48*, recuerda textos paralelos de Unamuno, Valle o Baroja: «(Madrid) parecióme un hormiguero; sus calles, estrechas y sucias; su gente, bulliciosa, entrometida y charlatana; los señores, ignorantes; el pueblo, desalmado; las casas, feísimas y con olor de pobreza».

La actitud de Pereda en sus dos novelas madrileñas —*Pedro Sánchez* y *La Montálvez*— revela meridianamente la «fobia antimadrileña» de que ha hablado Montesinos. En *Pedro Sánchez* se documenta notarialmente la tensión centro-periferia a que aludí antes; hablando de «Fernán Caballero», el protagonista dice de ella que «era de las de afuera, otra casta de escritores que había descubierto yo; porque es de saberse que casi iba persuadiéndome de que no se podía tener talento en España más que en Madrid». Con todo, la más violenta expresión contra la ciudad está puesta en boca del compañero del viaje en el que Pedro Sánchez llega a Madrid: «¡Ah! ¡Si yo tuviera poder para tanto...! Un recadito secreto a las gentes honradas para que escurrieran el bulto, luego una lluvia espesa de pólvora fina; en seguida otra lluvia de rescoldo... y como en la gloria todos los españoles.»

No pretendo escribir una reseña exhaustiva sobre la actitud antimadrileña de los escritores del XIX. Creo —para terminar este excursus sobre tema tan su-

⁸ Cf. en la edición de SAINZ DE ROBLES (Aguilar, 1970) las págs. 424a, 483b, 485b.

⁹ ANTONIO REGALADO GARCÍA, *Benito Pérez Galdós y la Novela Histórica Española 1868-1912*, Madrid, Insula, 1966, 586 págs.

gestivo— que la postura adversa a Madrid respeta y estima los aspectos históricos, costumbristas, monumentales y artísticos ajenos a la organización social que convirtió a la corte en el nudo de las tensiones morales y políticas de la España del pasado siglo.

Las novelas postrománticas.

En los últimos años la crítica literaria más avisada comienza a valorar en su exacta significación histórica la creación novelística que corre desde los momentos finales del romanticismo militante (1840) hasta los momentos culminantes de la revolución septembrina. A partir de 1840, de modo aproximado, los lectores de las novelas históricas románticas desplazan su interés hacia problemas y tipos coetáneos. Sobradamente conocida es la explicación a este fenómeno, cuyos pródromos hay que situar en el auge del artículo costumbrista de la década anterior.

Las novelas «contemporáneas» no se limitan a la concreción en el tiempo, sino que también suelen precisar la localización de su espacio. Madrid y lo madrileño pasan a ser elemento significativo en su estructura. El éxito editorial de *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-44), producto de divulgación de la técnica costumbrista, marca la pauta de este uso literario¹⁰. La narrativa anterior a 1870, en una proporción abrumadora, conforma la insegura etapa de aclimatación de las técnicas realistas en todos los frentes de los problemas formales y estilísticos que planteaba la novela moderna.

Ya se ha dicho antes que la concurrencia del tema madrileño es uno de los elementos caracterizadores de las novelas de esta etapa. La visión de Madrid, junto al papel testimonial del insustituible prestigio de que se reviste la urbe capitalina a los ojos de los escritores, puede servir al crítico como dato de referencia en el proceso innovador de la nueva técnica noveladora. Y como prueba de lo anteriormente dicho, he seleccionado un grupo de narraciones representativas de la prehistoria realista, en las que lo madrileño actúa como función pertinente y personalizadora, ya sea esta última por la insistencia de las referencias topográficas, ya por el pintoresquismo de los tipos y costumbres.

¹⁰ «La gran mayoría de los tipos pertenecen a la vida de la ciudad, y aun de los restantes, la mayor proporción tiene frecuentes contactos con ella. Y el decir ciudad, vale tanto aquí como decir Madrid, pues el espíritu que impregna el libro es esencialmente madrileño»; MARGARITA UCÉLAY, *Los Españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*, México, El Colegio de México, 1951, 266 págs. (pág. 153).

Las novelas empleadas en este trabajo son las siguientes ¹¹:

- EUGENIO DE TAPIA, *Los cortesanos y la Revolución*, Imprenta de Catalina Piñuela, 1838, 2 vols.
- JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS, *Los Misterios de Madrid*, Madrid, Manini y Cía., 1844, 3 vols.
- WENCESLAO AYUALS DE IZCO, *María o la hija de un jornalero*, Madrid, Imprenta de Ayuals de Izco, 1845-46, 2 vols.
- RAMÓN DE NAVARRETE, *Madrid y nuestro siglo*, Madrid, Imprenta de la viuda de Jordán e hijos, 1845-46, 4 vols.
- W. AYUALS DE IZCO, *La Marquesa de Bellaflor o el niño de la Inclusa*, Madrid, Imprenta de Ayuals de Izco, 1846-47, 2 vols.
- ALFONSO GARCÍA TEJERO, *El pilluelo de Madrid*, Madrid, Sociedad Literaria, colec. «El novelista universal», 1848, 3 vols.
- JUAN DE ARIZA, *Un viaje al infierno*, Madrid, Imprenta de José María Alonso, 1848, 271 págs.
- W. AYUALS DE IZCO, *Pobres y ricos o la bruja de Madrid*, Madrid, Imprenta de Ayuals de Izco, 1849, 2 vols.
- TEODORO GUERRERO, *Una historia del gran mundo*, Madrid, Tipografía de F. de Serra, 1851, 194 págs.
- W. AYUALS DE IZCO, *Los Pobres de Madrid*, Madrid, Imprenta de Ayuals de Izco, 1857, 476 págs.
- NICOMEDES PASTOR DÍAZ, *De Villahermosa a la China. Coloquios de la vida íntima*, Madrid, Imprenta de M. Rivadeneira, 1858, 2 vols. ¹².

La antitética valoración de Madrid y sus correspondientes motivaciones éticas que antes comentaba actúan de modo similar en este grupo de novelas. El estado ruinoso que presenta la ciudad en el año 1834 es sentenciado por un personaje de Tapia (*Los cortesanos*) que «empezó a hablar con desagrado acerca del mal aspecto que presentaban algunas de las principales calles de Madrid con las ruinas de los conventos»; el narrador de *Un viaje al infierno* resume las impresiones de sus experiencias en un rasgo de estilo

¹¹ El grupo elegido es una muestra representativa. Muchas de las novelas publicadas en esta época resultan hoy inencontrables o poco menos. No he visto novelas como *El diablo de Madrid* de Francisco Oliver, *Las guardillas de Madrid o el nuevo Diablo Cojuelo* de Luis Corsini, *La gitanilla de Lavapiés* de José María Palacios, *Los fantasmas de Madrid y estafermos de la Corte* de Ignacio de Erbadá, *Cartas madrileñas* de Ramón de Navarrete, *Dramas ocultos de Madrid* de García Ladevese. Tampoco utilizo algunas novelas de la serie de los «misterios» —clara secuela de los *Misterios de París* de Sue— porque son objeto de otro trabajo en que me ocupo.

¹² Cito las novelas por las palabras iniciales de sus títulos.

pre-valleinclanESCO: «cinco días no más he vivido en la *Corte de los milagros*, que así llamo y debo llamar a esta fatal corte del Infierno; cinco días no más he vivido, y han sido fecundos a fe en misteriosas aventuras». En otras ocasiones leemos testimonios totalmente opuestos por el vértice a los anteriores: «Madrid es pueblo para todos; lo mismo goza el sabio que el ignorante, el pobre que el rico, el hombre retirado del mundo que el libertino... Madrid es por razón natural el pueblo más ilustrado de España, con perdón de algunos forasteros, que por espíritu de provincialismo siempre dan la preferencia al pueblo en que nacieron» (*Misterios*). De todas formas, predomina la visión negativa. El siguiente texto de *Los cortesanos* es una espléndida síntesis de acrimonia antimadrileña y técnica de cuadro de costumbres: «aquí no se experimentan los horrores de la guerra; se come, se bebe alegremente y se trabaja poco, hay dinero para concurrir a las fondas, al garito, a los teatros, a los bailes de máscaras; ostenta el lujo en los paseos sus rozagantes galanes; el estrépito de los brillantes coches ahoga los lamentos del infeliz padre de familia que no ha cobrado su sueldo en dieciocho meses, del exclaustrado que pide limosna, de las viudas y monjas desfallecidas por falta del necesario sustento y del valiente militar que mendiga por haber perdido un brazo en la guerra».

En las novelas estudiadas son abrumadoras las referencias topográficas —calles, paseos, locales públicos— y las caracterizaciones de costumbres. El libro de Ariza —simbología costumbrista construida sobre la clave de *Los Españoles...*— ofrece una guía estereotipada de los usos sociales burgueses en la época moderada: las redacciones de los periódicos, el teatro —«un cosmorama de figuras en movimiento»—, el tinglado político, los banquetes electorales...

Los *lugares públicos*, aparte la descripción más o menos pormenorizada que en cada caso merezcan, suelen traer consigo un juicio del novelista o de los personajes. La Puerta del Sol «siempre... ha estado abierta y franca para los ociosos, que no sabiendo cómo matar el tiempo van allí en busca de una distracción cualquiera» (*Misterios*). El *Pilluelo de Madrid* y su discípulo proyectan un paseo por diversos lugares: «también nos sentaremos en la fuente de las Cuatro Estaciones, y desde allí pasaremos revista a los que se pasean por el Salón del Prado... y juro por mi abuela que hemos de señalar con el dedo a todos los que comen con el sudor de los tontos, porque así llamo yo a los pobres pueblos».

En los escritores cercanos al partido demócrata la descripción de los Sitios Reales sirve de introducción a la soflama contra los regímenes polí-

ticos absolutos y autoritarios, así esta presentación de La Moncloa, «ese inmenso campo de recreo, posesión de los reyes de España (que) los ciudadanos miran con asombro y repugnancia; porque al mismo tiempo que admiran la riqueza, el lujo de vegetación con que la naturaleza parece haber querido embellecer las cercanías de un gran pueblo, esta posesión como otras muchas es de una sola persona y sólo se puede entrar en ella mendigando un pase por una escala de compromisos, desde un portero hasta el mayordomo de S. M.» (*Misterios*).

El mercado de la plaza de San Miguel es uno de los centros de acción en la novela de Navarrete (recuérdese que el tipismo de este mercado atraía también a la Bárbara Santa Cruz de *Fortunata y Jacinta*). Navarrete, con unas pinceladas generalizadoras, detiene en vivo la animación de este mercadillo: «era aquélla la hora de mayor afluencia; individuos de diferentes clases poblaban el sucio recinto; modestos empleados envueltos en su capa vieja venían ellos mismos por la provisión indispensable; celosas amas de casa en compañía de sus criados..., los cocineros de las fondas o de los palacios...». Para el mismo novelista, el Rastro se personaliza en sus edificios, «las casas son viejas y antiguas exteriormente, y sucias y feas por dentro..., no se busquen mansiones adornadas con lujo, magníficas tiendas ni espléndidos carruajes...».

Si los personajes se alejan del núcleo urbano o toman el punto de vista de algún observatorio privilegiado, la visión que se ofrece de la ciudad es paralela a la entrevista por los aventureros que llegaban a la conquista de la corte desde la periferia. La plazuela del barrio de las Vistillas «es un hermoso punto de vista desde el que se descubren los Consejos, el Real Palacio, la casa del duque de Osuna, la montaña del Príncipe Pío, la puerta de Segovia, la casa de Campo, el río, el puente de Segovia...» (*Pilluelo*), y si el personaje emprende la salida de la ciudad —hacia las elegantes quintas de Carabanchel o incluso más allá... hasta Aranjuez¹³— puede detenerse en el Puente de Toledo, «desde el cual se ve toda la parte de arboledas que hay a la parte de Medioda, donde está el célebre Canal, y por el otro lado la vista se pierde en otros muchos objetos que absorben la atención» (*Misterios*).

De los edificios públicos, el conjunto arquitectónico del Palacio Real y su *entourage* (Plaza de Oriente, Teatro Real) despiertan el mayor énfasis de admiración de los personajes. «Ved el Palacio de Oriente, obra que camina con lentitud, y en esto se parece al progreso político español, que anda

¹³ Sobre Aranjuez, cf. *Misterios*, III, 308-9, y *Los Cortesanos*, II, 59.

remolón y perezoso» (*Pilluelo*); la lenta construcción del Teatro depara la ocasión de comentar su cuantioso costo: «si el dinero que ha venido a Madrid se pusiera en montón onza por onza, abultaba más el oro que el teatro, y sin embargo no está concluido ni se concluirá...» (*Misterios*).

Los edificios privados que más frecuentemente aparecen como objeto de descripción y comentario son, naturalmente, los lugares de reunión: iglesias, cafés, teatros. La iglesia de San Francisco, a causa quizá del sangriento papel que protagonizó durante los acontecimientos de 1834, aparece como el refugio de clérigos perversos que tipifican la sinonimia de maldad moral y reaccionarismo político —fray Patricio en *María*, don Toribio en *Misterios*—. El capítulo VII de la primera parte de *María* describe la «Fontana de Oro»; Villergas traza un bosquejo del Café Nuevo, que en 1836 «era el café del movimiento de la revolución; allí se reunían todos los liberales más exaltados de Madrid, como el año 1822 en la Fontana de Oro». La función social de los teatros está documentada explícitamente en este texto: «los elegantes de Madrid del invierno de 1845 a 1846 saben que el teatro del Circo era el *rendez-vous* del gran tono cortesano; era una necesidad acercarse a él para obtener el pomposo nombre de *dandy*; allí se cantaba, se bailaba y sobre todo se enamoraba; el público de las lunetas daba guerra con sus anteojos, sosteniendo sus intrigas...» (*Una historia*).

Para un escritor como Pastor Díaz, «las descripciones de Madrid no son poéticas. Falta la inmensidad, y el misterio, y la larga distancia, y la antigüedad y la magnificencia a nuestra capital, que ni el nombre de ciudad admite... Al que describe escenas de Madrid no le queda más que la búsqueda de su cielo y el corazón del hombre. Las calles, las plazas, los pórticos y las columnas, las escalinatas y las alamedas no darán nunca fondo de paisaje a sus recuerdos ni tono de color a sus pinturas» (*De Villahermosa*). Estamos de nuevo ante la visión negativa, originada —aparentemente— por razones de índole estética y que, en la última intención del escritor, coinciden con las motivaciones éticas constantes en la literatura del «menosprecio de corte». La escasísima acción de la novela de Pastor Díaz se inicia una noche de Carnaval en el Palacio de Villahermosa ¹⁴ —«los artesonados techos de sus

¹⁴ Sobre este palacio y las actividades del «Liceo Artístico y Literario» puede verse: J. SIMÓN DÍAZ, *Liceo Artístico y Literario*, Madrid, C.S.I.C., 1947, 59 págs.; J. M. ROZAS, *El Liceo artístico y literario español*, Madrid, Homenajes II, págs. 93-144; ENRIQUE GIL en «El Correo Nacional» (1839-IV-12); R. GULLÓN, *Cisne sin lago, Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, Madrid, Insula, 1951; J. L. VARELA, *Vida y obra literaria de Gregorio Romero Larrañaga*, caps. VI, VII y VIII; B. PÉREZ GALDÓS, *Las tormentas del 48*, cap. IX.

vetustísimos salones cobijaron por muchos años a la sociedad elegante de Madrid...; allá van, allá corren, allá se lanzan todas las jerarquías y todas las edades»—, que sirve de marco evanescente para todo el «libro primero» en una ausencia total de elementos referenciales; no en vano esta novela fue el intento romántico español de crear una narrativa de carácter lírico al estilo del *Oberman* de Sénancour.

Las novelas de Ayguals de Izco

Las actividades de Wenceslao Ayguals de Izco ¹⁵ constituyen un dato de inexcusable referencia en la historia de la novela postrománica. Su irrefrenable capacidad de acción le permite actuar como director de publicaciones periódicas, editor de la *Sociedad Literaria* y autor de algunas de las más celebradas novelas de folletín de la época; su innegable propensión a la propaganda explica el uso desmedido con que manipula las tribunas de opinión que inspira o que controla directamente.

He mostrado en otro lugar que la ideología humanitarista del socialismo utópico es una de las más significadas funciones de su producción narrativa y que acostumbraba a cubrir sus tareas de expositor ideológico con reiteradas interrupciones del relato novelesco. Ahora bien, el *excursus narrativo* en Ayguals alcanza también a otras zonas que las estrictamente socio-políticas, y entre estas zonas ocupa un lugar destacado el tema madrileño. La tendencia de Ayguals no pasaba desapercibida para los críticos contemporáneos; una reseña de *María* aparecida en «La Censura» (XII, 1848, págs. 435-38) anota que si «tal o cual personaje de su novela bajó a pasear al Prado, pues a renglón seguido viene la descripción circunstanciada de este paseo, quién le mandó construir y cuándo, etc. Esto pudiera pasar una vez y respecto de un sitio que lo mereciera; pero lo hace con cuantos edificios, paseos, sitios reales y lugares salen a relucir en su narración».

Lo que al lector actual o al crítico exigente de la época debía parecer inútil y fatigoso tenía necesariamente que servir para satisfacer algunas expectativas del público lector contemporáneo, puesto que las novelas de Ayguals se reeditan infatigablemente durante todo el siglo. La función noticiara de lo madrileño, que tan insistente resalta en algunas de sus novelas, entraba en los propósitos conscientes del escritor dado que incluso en

¹⁵ Véase mi trabajo *Forma y contenido en la novela popular: Ayguals de Izco* que se publicará en la revista «Prohemio».

los anuncios de algunas se subrayaba positivamente este aspecto ¹⁶. El Epílogo de *María* resume los temas fundamentales que han sido abordados en los *excursos narrativos*; pues bien, uno de estos temas es la «historia de Madrid durante el período del Estatuto Real».

Aunque el relieve que ocupa lo madrileño en los textos de Ayguals es superior al de las otras novelas contemporáneas que aquí considero, el tratamiento estético del tema es inexistente. El propio Ayguals era consciente de lo que su información madrileñista tenía de valor añadido, cuando en el Epílogo antes citado afirma no haber «querido convertir nuestra obra en *Guía de Forasteros*». Y ésta es precisamente la impresión que su lectura produce, máxime si se tiene en cuenta que la fuente de información más usada, citada y extractada en ocasiones, es el *Manual de Madrid* de Mesonero.

La información histórica atrae la atención del novelista, ya sea para fechar la Plaza Mayor, la ermita de San Isidro, la Inclusa, las Casas Consistoriales, El Escorial o La Granja, ya para dar noticia de la actuación del Ayuntamiento durante la minoría de Isabel II ¹⁷, de la manía de la misma institución en el cambio constante de los nombres de las calles, de las asociaciones filantrópicas que actuaban hacia 1846 ¹⁸. La información histórica servía de introducción y complemento a las prolijas referencias de las circunstancias actuales. Para el lector actual estas referencias valen como textos de descripción costumbrista o como noticias históricas de un interés paralelo a las gacetillas de prensa o a los documentos del momento.

Veremos algunas noticias de este tipo La calle de San Antón «es un largo y angosto lodazal con dos hileras de miserables casuchas tan desiguales como su mal empedrado piso» (*María*, II, 38); en la calle de Palma Alta abundan en exceso las tabernas (*María*, I, 116), en la de San Agustín funcionaba una casa de juego (*Marquesa*, I, 100). Las obstrucciones en la circulación

¹⁶ El prospecto anunciador de *Marquesa* expone los múltiples objetivos que se pretenden con esta publicación: «Esta novela es la segunda época de *María, la hija de un jornalero*, y se enlaza con la primera en tales términos, que las dos no forman más que un solo pensamiento, y puede considerarse como la verdadera *historia contemporánea de Madrid* hasta el casamiento de Isabel II.»

¹⁷ *Marquesa*, tomo I, cap. V; tomo II, págs. 17-21, 309 y sigs., 349 y sigs.

¹⁸ En *María*, II, 92-95, se da relación de las siguientes: Junta de la *Beneficencia domiciliaria*; Asociación de Señoras para el socorro de las Religiosas de Madrid; Nuestra Señora del Refugio, dedicada a la atención de pobres vergonzantes y viajeros, Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza —vulgo *Pecado Mortal*— de asistencia a las madres solteras, Asociación de Caridad del Buen Pastor. En *María*, I, 213, da información sobre otras entidades de tipo benéfico-asistencial.

eran producidas a causa de las revistas de la tropa de la guarnición (*María*, I, 232). Los elegantes dirimían sus contiendas en lugares expresamente dedicados a la celebración de duelos de honor: las tapias traseras del Retiro (*María*, I, 90; *Marquesa*, I, 104) y las praderas de San Isidro (*Pobres*, 742). Las cárceles «son un baldón perenne de incuria... Es criminal abandono no mejorar las cárceles de Madrid, cuando Barcelona y Sevilla están dando en esta parte un noble ejemplo que acredita su filantropía e ilustración» (*María*, I, 171). Las objeciones que Ayguals había presentado en la primera edición de *María* contra los «carros de limpieza» que hacían «impropio de la capital de todo un reino no poderse retirar sus habitantes de las tertulias, teatros y demás diversiones públicas sin tropezar con los trenes de limpieza, tan fétida y nauseabunda», surtieron efecto, ya que en nota de la edición de 1849 reconoce que, gracias a su comentario, la autoridad había dispuesto la construcción de cloacas en las calles. Es curioso el mecanismo de eficacias inmediatas sobre la organización de las entidades sociales que postulaba Ayguals en sus novelas y que, indudablemente, hay que emparentar con las medidas arbitristas propuestas por la literatura socialista utópica de la Francia contemporánea.

Madrid es el ámbito habitual de las andanzas de los personajes; los viajes tienen un radio de corto alcance: la alameda de Osuna, las elegantes quintas de los Carabancheles, El Escorial, Aranjuez. Explicar el rendimiento narrativo de desplazamientos tan cercanos y las causas sociológicas e históricas pertinentes nos llevaría fuera de los límites de este trabajo. Pero sí conviene recordar que los traslados a lugares de la provincia de Madrid conllevan los correspondientes *excursos* de información histórico-arqueológica.

En la lectura de las novelas aquí comentadas se desprende, *prima facie*, que la reiteración del motivo madrileño —véase el apéndice— es un material de relleno estructural, lejano aún al tratamiento estilístico que se desata en la visión creadora del escritor. Podemos pensar que en los años en que escriben Ayguals y sus colegas no estaba el vehículo expresivo lo suficientemente agilizado para realizar el fundido entre realidad social-geográfica y transformación artística. Pero tampoco debemos olvidar el hecho de que los novelistas postrománticos pretendían un rendimiento pragmático de nuda información y adoctrinamiento ideológico. La perfección técnica en los recursos lingüísticos y en las estructuras novelísticas, la profundización del sentido crítico del escritor, el crecimiento demográfico de Madrid y su fijación urbanística como ciudad moderna no llegarán hasta pasada la revolución del 68.

ALGUNAS REFERENCIAS MADRILEÑAS CONTENIDAS EN NOVELAS DE AYGUALS DE IZCO

ADUANA, LA

«Ha merecido siempre la calificación de uno de los más bellos ornamentos de la capital. Está situada en la hermosa y ancha calle de Alcalá, y esto perjudica al mérito arquitectónico del grandioso edificio, pues carece de fachadas por la parte de Oriente y Poniente y hace precisamente ostensibles las más angostas que miran al Norte y Mediodía. Esta última, que es la principal, y la que hermosea la calle de Alcalá elevase sobre un zócalo almohadillado de piedra berroqueña hasta el primer piso, con tres entradas en el centro sobre las que campea la balaustrada de un gran balcón apoyado en repisas que concluyen en cabezas de cariátides y de sátiros. Cinco órdenes de ventanas simétricamente construidas aumentan el buen efecto de la fachada, particularmente las del piso principal, que están embellecidas de graciosos frontispicios, consistiendo los adornos de la más céntrica en un escudo real sostenido por dos famas. Este grupo, diestramente esculpido en mármol por don Roberto Michel, y los adornos de la elegante cornisa dan un realce inmenso a toda la arquitectura. Tiene tres espaciosos patios, rodeado el de en medio por un vestíbulo y una galería a cierta elevación. Grandes salas y sótanos inmensos, todo perfectamente adecuado a su uso, completan el interior de esta obra colosal que caracteriza el buen gusto artístico que imperaba en el reinado de Carlos III.»

(*Marquesa*, I, 208)

CAFE NUEVO

«Un café había en Madrid de famosa nombradía. Su situación en la calle de Alcalá frente de la Aduana, su espaciosa extensión, sus majestuosas columnas, su profusión de espejos, y su magnífico y colosal reloj, y más que éstos y otros colosales adornos, el buen servicio y delicadeza de toda suerte de bebidas, habíanle dado cierta preponderancia sobre los demás establecimientos de su clase. Este café, que murió el año próximo pasado, de puro viejo, el último día de su vida era tan *Nuevo* como el día que le bautizaron, porque su padrino tuvo la humorada de ponerle el nombre de *Café Nuevo*, humorada que a la sazón censuró con chiste el malogrado Larra.»

(*María*, II, 46-47)

CASA DE CORREOS

«La ventajosa situación que este vastísimo edificio ocupa en Madrid, pues campea en el punto más céntrico y da vistas a las principales calles y famosa Puerta del Sol, hácele ser uno de los más notables de la Corte... La casa de Correos fue, desde su construcción, severa y justamente censurada por los inteligentes, fundándose muy en particular en el poco gusto que en las galerías se nota, en la inmensa elevación de las paredes que circuyen el patio, en la ninguna elegancia de los arcos y, sobre todo, en la ridícula situación de la escalera principal, que según los críticos de entonces había olvidado el arquitecto. Acaso creería este varón ilustre que se destinaba aquel edificio para nido de golondrinas. Gran

polvareda levantó este garrafal olvido, y que estaba ya tan adelantada la obra cuando reparó en él su director, que hubo que añadirle la escalera donde mejor cupo.»

(*María*, I, 100 y 101)

CENTROS DOCENTES

«Además de un centenar de escuelas gratuitas de instrucción ordinaria, sostenidas por el Ayuntamiento, hay multitud de colegios como el de *San Ildefonso*, fundado en 1487 para la enseñanza de los huérfanos; el de *Nuestra Señora de Loreto*, fundado en 1581 por Felipe II para niñas huérfanas; el de *Santa Bárbara*, fundado por el mismo rey en 1590 para niños músicos de la real capilla; el de *Santa Isabel*, fundado en 1592, el de *Nuestra Señora de la Presentación*, fundado en 1603, y los dos de *Padres escolapios*, fundados en 1733 el de *San Fernando* y en 1755 el de *San Antonio Abad*, en los cuales se enseñan los principios de religión, primeras letras, gramática castellana y latina, retórica, poética, historia, matemáticas, filosofía, idiomas extranjeros, música y dibujo. En 1805 establecióse en Madrid el *Colegio de sordo-mudos*, y aquí es preciso dejar consignado que no fue el abate L'Epée el inventor de esta enseñanza, como los franceses pretenden, sino fray Pedro Ponce de León, monje benedictino español (...) digna de elogio la *Escuela normal de ciegos* fundada bajo los auspicios de la *Sociedad económica matritense*, a quien la humanidad desvalida debe grandes beneficios.» (Reseña a continuación el traslado de la Universidad de Alcalá, los *Estudios de San Isidro*, los *colegios técnicos*, las *Academias*, el *Jardín Botánico*, el *Observatorio astronómico* y el *Gabinete de historia natural*.)

(*Marquesa*, II, 232-234)

CUARTEL DE INVALIDOS

«En 20 de octubre de 1835 se quiso remediar en parte este punible abandono creyendo que la creación de un cuartel de inválidos bastaba para reparar la injusticia con que se premiaba el valor de los defensores del Estado. Instalóse una junta con ese objeto, y en 30 de noviembre del mismo año nombróse para director y comandante general al Excmo. señor duque de Zaragoza... Sancionada por el trono la ley de las Cortes de 6 de noviembre de 1837, llevóse a cima la idea, en el que había sido convento de Atocha con su huerta y la de San Jerónimo, que ofrecía grandes ventajas por su espaciosidad y situación propicia. Aquel edificio hallábase a la sazón en un estado verdaderamente deplorable, porque el espíritu hostil y destructor de las tropas francesas, espíritu que con sobrada razón podíamos calificar de *instintos verdaderamente brutales* si Mr. Guizot no lo tomara a mal, convirtió en escombros, arruinando hasta los altares de la hermosa iglesia de Atocha. Reparóse todo con celo, actividad e inteligencia, y en el día tiene habitaciones para cuatrocientos inválidos, divididas en cuatro crujías, de las cuales sólo hay una ocupada por cien individuos, número verdaderamente insignificante, cuando nos acosan por las calles desgraciados inutilizados en la guerra, que para excitar la caridad pública hacen ostentación de sus mutilados miembros o asquerosas llagas, que repugnan acaso más que consuelan.»

(*Marquesa*, II, 308-9)

FONDAS

«Hay en la fonda del Caballo Blanco, calle del Caballero de Gracia, una sala no espaciosa en demasía, pero donde se puede poner una mesa para veinte personas aprove-

chando cómodamente el terreno. Esta sala tiene la ventaja importante en ciertos casos, no sólo de estar enteramente aislada, sino de que puede irse a ella por un pasillo reservado sin que desde ninguno de los demás cuartos de la fonda se note lo que allí ocurre.»

(*María*, II, 83)

FONTANA DE ORO

«Es una de las fondas más acreditadas de Madrid, situada en la Carrera de San Jerónimo... Grandes mejoras ha hecho el señor Monier, actual dueño de la *Fontana de Oro*. Este establecimiento es uno de los principales de Madrid. Se admiten en él huéspedes a quienes se sirve con el mayor esmero. Tiene salón de lectura provisto de las mejores obras de todos los países y excelentes baños públicos. Por esta razón y la de estar en uno de los puntos más lucidos y céntricos de Madrid, la concurrencia es siempre numerosa, particularmente de extranjeros, que encuentran en esta casa toda suerte de comodidades. Relacionado con los primeros establecimientos tipográficos de París, el señor Monier admite comisiones de libros y facilita por este medio a las empresas literarias cuantas obras pueden apetecerse de las que en Francia se publican, de las cuales tiene siempre un rico depósito.»

(*María*, I, 75)

«—¿Has estado alguna vez en la *Fontana de Oro*? —Nunca me he colao dentro, porque está aqueyo ciembre yeno de lechuginoz de futraque, pero cé onde eztá eza fonda.»

(*María*, II, 25)

FUENTE DE LA MARI BLANCA

«Fuente de la Puerta del Sol, donde fue asesinado por la turba un infeliz aguador, que supusieron envenenaba las aguas de orden de los frailes. Esta fuente ha sido después demolida y reconstruida en la plazuela de las Descalzas.»

(*María*, I, 52)

HOSPITAL GENERAL

(Ayguals da una amplia descripción del edificio, informa sobre las necesidades que atiende —una casa de maternidad y otra de locos— y sobre los recursos económicos de que se vale, «el arriendo de la Plaza de toros» y «los impuestos sobre teatros»). Propone que, para atender sus muchas necesidades presupuestarias, se acuda «al celo e ilustrada filantropía del Ayuntamiento, y de esas sumas que tan sabiamente se emplean en el hermosteo de los paseos públicos, dando trabajo a las clases menesterosas, puede muy bien dotarse alguna parte para atender a tan sagrados objetos».

(*María*, I, 301 y sigs.)

IGLESIA DE ATOCHA

«El templo de Nuestra Señora de Atocha está situado en el mismo lugar en que antiguamente había una ermita en donde se veneraba la misma Virgen. La iglesia y el convento fundáronse con gran suntuosidad en tiempo del emperador Carlos V, y adquirieron mejoras importantes en los sucesivos reinados, hasta que los franceses *ejercitaron su cultura* en 1809 convirtiéndolo todo en ruinas. Restaurándose la iglesia y el convento al regreso de Fernando VII, siendo el altar mayor obra de don Isidro Velázquez. Adornóse toda la iglesia de buenas efigies, preciosas alhajas, retablos y cuadros de mérito, entre los cuales merecen particular mención el de la Magdalena, Nuestra Señora del Rosario

y el Descanso en Egipto, de Corrado; un San Miguel, de Jordán; los ángeles y la capilla del Cristo, y las esculturas de don José Ginés y don Esteban de Agreda.»

(*Marquesa*, II, 317)

IGLESIA DE SAN LORENZO

«No nos detendremos en describir esta parroquia construida en 1670 en la calle de la Fe, porque son tan mezquinos sus adornos y tan pobre toda su arquitectura, que no hay en ella absolutamente cosa alguna que digna de encarecimiento sea. Este santuario fue antiguamente anejo al de la parroquia de San Sebastián, que se fundó por los años de 1550, cuya arquitectura es también de pésimo gusto, particularmente la extravagante fachada que da a la calle de Atocha, que a pesar de algunas reformas verificadas posteriormente, presenta en el día un aspecto desagradable. Hay en San Sebastián buenas pinturas, sin embargo; y es sensible, por no decir escandaloso, que hayan desaparecido las más notables, como eran el martirio de San Sebastián, de Vicente Carducho; el prendimiento del Señor, de Dominico Greco, y otras cuyo paradero se ignora.»

(*Marquesa*, I, 466)

IMPRENTA NACIONAL

«La Imprenta nacional está en la céntrica y concurrida calle de Carretas, y fue edificada en los últimos años del siglo pasado. Se ha censurado en todos tiempos su arquitectura, particularmente la mezquindad de sus portales, que contrastan con la pesada mole del balcón.»

(*Marquesa*, I, 208)

PALACIO DE CORTES

«Este edificio, derribado posteriormente porque amenazaba ruina, habíase erigido junto al solar en que estuvo el convento de Santa Catalina, que daba nombre a la plazuela que lleva hoy el de Cervantes, por la soberbia estatua que se ostenta en su centro.»

(*María*, I, 127)

PALACIO REAL

«La poderosa mole de este alcázar de elegantísima arquitectura se eleva en el extremo occidental de Madrid sobre una altura que domina el modesto Manzanares... Renunciamos, pues, a la minuciosa descripción de tan suntuoso edificio, en cuyo recinto se encierran cuantos caprichos puede inventar la adulación para halagar el orgullo de los reyes.»

(*María*, I, 130-1)

PLAZA MAYOR (en Nochebuena)

«Todos los que suelen dar un paseo en estos días por la Plaza Mayor, y no es la primera vez que lo decimos, no pueden morir de hambre en un año. La atmósfera está impregnada de sustancias succulentas, por manera que se cuela uno en la plaza por cualquiera de sus avenidas, y con sólo olfatear caninamente, y recrear la vista en la contemplación de los diversos y abundantes objetos alimenticios que la inundan, por escuálido y cadavérico que esté al entrar, sale de aquel sabroso mercado gordo y colorado como un tudesco.»

(*Pobres*, págs. 311-12)

PLAZA DE ORIENTE

«Y dirigiéronse los dos hacia la plaza de Oriente, que aún no presentaba el agradable aspecto que ofrece en el día. Montones de escombros y enormes peñascos destinados a la construcción de algunos edificios afeaban aquel espacioso terreno... Pasemos a dar una sucinta idea de la elegante glorieta que ocupa actualmente el centro de esta gran plaza entre el Palacio Real y el nuevo teatro. Esta glorieta elévase sobre el piso de la plaza en forma elíptica y constituye un ameno y suntuoso vergel sombreado de árboles frutales y matizado de vistosas flores. La verja que le circunda es de hierro bronceado graciosamente entretejido. Rodéala una arboleda por la parte exterior que forma un hermoso paseo decorado por cuarenta colosales estatuas ejecutadas en el reinado de Felipe V... Descuella en el centro de la glorieta un elevado pedestal con lápidas marmóreas y estatuas que simbolizan ríos, construidas de piedra blanca de Colmenar. Otros cuatro pedestales decoran los ángulos ostentando sendos leones de bronce, y por último campea sobre este monumento la célebre estatua de Felipe IV a caballo, ejecutada de bronce en Florencia por el famoso Pedro Tacca.»

(Marquesa, I, 274-5)

PRADO, SALON DEL

«Esa deliciosa llanura de cerca de diez mil pies de extensión, dividida en anchurosas calles simétricamente marcadas por añosos y gigantescos árboles, embellecida por las amenas vistas de hermosísimos jardines y edificios suntuosos, ostenta en su recinto ocho colosales y bellísimas fuentes de primorosa ejecución, inventadas y diseñadas por don Ventura Rodríguez en el reinado de Carlos III.»

(María, I, 186)

PRADO, MUSEO DEL

«La galería de pinturas de este magnífico Museo, gloria de la nación española, orgullo de los amantes de esta su patria tan alevosamente escarnecida, calificada ha sido de la *primera del mundo* por cuantos inteligentes nacionales y extranjeros han admirado el prodigioso número de obras selectas de los más acreditados pintores del universo. Sobre dos mil son los preciosos cuadros que atesora esta magnífica galería...»

(María, II, 30-35)

PUERTA DEL SOL

«La celebridad de esta plaza se ha hecho europea, y sin embargo es de las más irregulares de Madrid... (está) bulliendo siempre de holgazanes de buen humor, de toda suerte de carruajes que se cruzan, de aguadores que clamorean, de ciegos que se desgañitan, de políticos que disputan, de cesantes que bostezan, de manolas que rondan y, en fin, de toda clase de gentes de ambos sexos y de todas edades y condiciones que transitan, presenta el cuadro más animado de Madrid.»

(María, I, 146-7)

«Hemos dicho que es una plaza irregular, y verdaderamente da lástima que no se hagan en ella las mejoras de que es susceptible y que imperiosamente reclama un sitio tan privilegiado, donde la elevación de las casas, el inmenso edificio de Correos y, sobre todo, las magníficas y pintorescas vistas que aglomeran las anchurosas bocacalles que la circundan, justifican la celebridad de que goza. Hace años que se concibió el pensamiento de esta gran reforma de ornato público, y sólo el gobierno lanzado del poder

por la revolución de 1854 se atrevió a inaugurar esta colosal empresa; pero lo hizo con la ligereza y poca aprensión con que aquellos gobernantes se lanzaban a la ejecución de sus proyectos. Comenzóse el derribo, y cuando los derribadores habían derribado varias casas, fueron derribados a su vez, y la desventurada *Puerta del Sol* ofrece el lastimoso aspecto de otro Sebastopol bombardeado.»

(*Pobres*, 335)

RETIRO, EL

«La fundación del real sitio del Buen Retiro fue debida a la inspiración del conde-duque de Olivares... Durante la dominación francesa convirtiéndose este sitio de recreo en formidable ciudadela contra el mismo pueblo de Madrid, y cuando el 14 de agosto de 1812 abandonaron las tropas del usurpador aquel punto, la hermosa arquitectura de los inmensos salones habíase trocado en escombros, habiendo sido talados sus salones y alamedas. Invirtieronse inmensas sumas en la reparación de estos daños y en breve tiempo se restituyó al más bello ornato de la Metrópoli toda la suntuosidad de que había hecho alarde en mejores días. Abarca el Retiro cuatro mil pies de extensión desde el Prado hasta la montaña artificial, y cinco mil de ancho desde ésta hasta la tapia del olivar de Atocha... En torno del estanque hay un gran paseo, que siguiendo a la derecha da paso a una arboleda espaciosa que conduce a la *casa de fieras* edificada en el año 1830, la cual consiste en un dilatado cuadrilongo con jaulas a propósito para animales feroces, de los cuales había una preciosa colección que ha desmerecido mucho con los que han muerto en estos últimos años...»

(*Marquesa*, I, 297-299)

SOCIEDADES CULTURALES

«El Liceo, el Instituto, el Museo lírico y dramático, el Museo matritense, citarse deben con orgullo como modelos, y dudamos que en París y Londres haya sociedades de este género mejor organizadas y que más óptimos frutos vayan produciendo... Celébranse sesiones de competencia, juegos florales, conciertos, funciones dramáticas, y siempre ofrecen sus salones un bello cuadro de fraternal admiración.»

(*María*, I, 343)

TEATROS

«Enteramente abandonado el teatro por el gobierno, entregado al espíritu especulador de los particulares, hemos visto en estos últimos años a varios capitalistas derramar el oro a manos llenas para hacernos oír todas las notabilidades filarmónicas extranjeras, destinando dos de los tres teatros principales exclusivamente a las óperas y bailes, contratando para ellos los más célebres artistas de Europa, cuando en París, en Londres mismo, no se ha podido nunca mantener más de un teatro de este género. Tal vez por vanidad, o por una moda ridícula en demasía, se han sacrificado inmensas sumas a un lujo incompatible con las escaseces del pueblo. Porque sépase que los teatros son para entretener e instruir al pueblo y no para divertir exclusivamente a la aristocracia. El pueblo trabajador tiene derecho a que se le proporcione un solaz a sus fatigas, pero invadidos los teatros por esas legiones extranjeras de danzarines y cantantes, ha habido que subir los precios de estas diversiones, y sobre ser un sacrificio pecuniario el acudir a ellas, hemos presenciado el escándalo de ver lanzados del antiquísimo teatro de la Cruz, donde habían trabajado desde su fundación, a multitud de actores españoles.»

(*María*, I, 202-4)